

LOS CHINOS DE CUBA

APUNTES ETNOGRAFICOS



*José Baltar
Rodríguez*

COLECCION LA FUENTE VIVA

José Baltar Rodríguez (La Habana, 1952).

Licenciado en Historia del Arte, en la Universidad de La Habana. Realizó estudios de Etnología con el Dr. Argeliers León y ha cursado numerosos postgrados en la especialidad de Etnología y Antropología Cultural. Investigador de la etnología cubana, especialmente en el tema de la diáspora china hacia Cuba. Mantiene una amplia participación en eventos científicos y ha publicado trabajos en revistas nacionales y extranjeras. Pertenece al Grupo de Antropología Sociocultural de la Universidad de La Habana, colaborador de la Fundación «Fernando Ortiz» y profesor adjunto en la Escuela de Altos Estudios de Hotelería y Turismo. Miembro de varias organizaciones científico-profesionales, entre ellas la Asociación Latinoamericana de Estudios Afro-Asiáticos (ALADAA), la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC) y la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Se desempeña como especialista del Ministerio de Cultura y desarrolla amplias relaciones de colaboración con diversas instituciones científicas y docentes.



FUNDACION FERNANDO ORTIZ
ciencia, conciencia, paciencia

LOS CHINOS DE CUBA

APUNTES ETNOGRAFICOS



*José Baltar
Rodríguez*

CIUDAD DE LA HABANA, 1997

CAPÍTULO IV.
SAN-FAN-CON: UN CASO DE
SINCRETISMO RELIGIOSO

Introducción

Una característica común a los distintos grupos de inmigrantes que conformaron los componentes del etnos-nación cubano —con independencia de su mayor o menor peso demográfico—, fueron los matrimonios mixtos, tanto en el orden étnico como racial. Los altos índices de masculinidad entre los inmigrantes y la interactuación con un medio diferente, tuvo como resultado la desaparición de la antigua costumbre de la endogamia étnica de procedencia y la creación paulatina de nuevos círculos endogámicos de vinculación territorial como regularidad de la fase formativa del etnos.

Los contactos interculturales mediante los matrimonios de inmigrantes con mujeres nacidas en Cuba, y el papel decisivo que desempeña la madre endógena respecto a la endoculturación de la descendencia

mestiza, generaron procesos de transmisión a niveles intra e intergeneracional, que fueron refuncionalizando un diverso conjunto de rasgos culturales relacionados con algunos componentes étnicos originarios, atendiendo a las relaciones humanas del nuevo contexto, en la realidad de la Isla.

Respecto al patrimonio espiritual, estas relaciones interculturales también propiciaron la recontextualización de elementos mágico-religiosos, produciendo la fusión sincrética de entidades míticas recreadas como respuesta a las demandas de las relaciones sociales impuestas por el nuevo medio socio-económico.

Este trabajo propone, de la manera más breve y sintética, introducir algunas consideraciones acerca de la aparición de un ser mítico cubano denominado San-Fan-Con, también conocido como «el Changó o Santa Bárbara china».

¿Brujería china?

«La vida en un sueño que camina, la muerte es un regreso a casa»

Antiguo proverbio chino

El mundo tenebroso de la brujería es de una actividad abrumadora. Pero por suerte, todo kindambazo, todo ayé, tiene remedio. «Clavo

saca clavo» y «Mayombe tira y Mayombe contesta». Esto es : lo que hace un brujo otro lo deshace: «bastón que mata perro blanco, mata perro negro», a menos que el «daño» lo haya lanzado un brujo chino, pues la magia de los chinos se reputa como la peor y la más fuerte de todas, y al decir de nuestros negros, sólo otro chino sería capaz de destruirla. Y aquí nos encontramos con algo terrible: ¡ningún chino deshace el maleficio, la morubba, que ha lanzado un compatriota!¹

La cita anterior, tomada de *El monte*, ilustra la opinión bastante extendida entre muchos cubanos, sobre todo, en los practicantes de cultos sincréticos de antecedente africano, acerca de la «misteriosa» y «malévola eficacia» de la que entienden en llamar «brujería china».

A tal punto llegó el convencimiento de algunos que, en la obra citada, Lydia Cabrera recoge los relatos que tratan de ilustrar la magnitud de esos «poderes», para los cuales «/.../ un tratamiento médico, todas las rogativas que en estos casos se hacen a los dioses —a los santos africanos, orishas lucumís, vodús de los arará y mpúngos de los congos—, aquí serían, lógicamente, inútiles».²

Mas adelante, la autora continúa con un testimonio recogido de boca de uno de sus más notables infor-

mantes: José de Calazán Herrera Bangoché, conocido como «El Moro» e hijo de Oba Koso:

La brujería china es tan hermética, que Calazán Herrera /.../, quien «para saber ha caminado toda la isla», jamás pudo penetrar ninguno de sus secretos ni aprender nada de ellos. Solamente sabe que comen a menudo una pasta de carne de murciélago en la que van molidos los ojos y los sesos, excelente para conservar la vista; que confeccionan con la lechuga un veneno muy activo; que la lámpara que le encienden a San-Fan-Con alumbra pero no arde; que siempre tienen detrás de la puerta un recipiente lleno de un agua encantada que lanzan a espaldas de la persona que quieren dañar, y que alimentan muy bien a sus muertos.³

Veamos ahora lo que nos cuenta Esteban Montejo en *Biografía de un cimarrón*: «Hay gente que dice que cuando un negro moría se iba para Africa. ¡Eso es mentira! Como va a irse un muerto para Africa. Los que se iban eran los vivos que volaban muchísimo. /.../ Los chinos sí, ellos morían aquí, por lo menos eso contaban, y resucitaban en Cantón».⁴ La aversión de los chinos por los castigos corporales y la vida en condiciones de esclavitud, provocaba reacciones violentas que iban desde el ajusti-

ciamiento de mayores y contramayores hasta los suicidios masivos. Según el criterio de algunos autores, estas expresiones de rebeldía fueron la causa de que los antiguos paleros apreciaran muchos los cráneos de chino, al que consideraban un componente importante del contenido de la nganga.⁵

Estos ejemplos permiten inferir que las profundas diferencias culturales entre africanos y chinos, hayan llevado a los primeros a observar con cierta perplejidad la conducta de los segundos, la cual intentaron explicar desde sus propias concepciones mágico-religiosas, de manera sobredimensionada, al extremo de mitificarla.

Esta imagen del chino iría extendiéndose al resto de la población mediante la tradición oral, enriquecida por la imaginación popular. En el legado paremiológico cubano, existen numerosos ejemplos de frases que son expresión de la fatalidad asociada a las personas: «Tienes que hacerte una limpieza»; «Vete al brujo de Guanabacoa»; «Tienes un muerto atrás»; entre otras. Sin embargo, de todas ellas se infiere que la fatalidad está relacionada a determinado «maleficio» o «muerto oscuro», cuya situación puede resolverse si la persona en cuestión se pone en manos del «brujo de Guanabacoa» o se «hace una limpieza». No obstante, podríamos presuponer que si «la magia de los chinos se reputa como la peor y la más fuerte de todas», la expresión «tienes un chino

atrás», variante muy parecida al último de los ejemplos citados, se haya asociado desde sus orígenes no sólo a la fatalidad, sino también a los «efectos irreparables» de su pretendida «brujería», expresando así una mayor permanencia de la fatalidad o mala fortuna de un individuo.

La incompreensión de ciertos rasgos y elementos culturales de los chinos —que la barrera lingüística se encargaría de acrecentar—, condicionó un estereotipo, una visión distorsionada mediante su atribución a la acción de fuerzas misteriosas.

Los inmigrantes asiáticos que llegaron a Cuba (principalmente campesinos de las provincias de Guangdong y Fujian, en el sur de China), trajeron consigo un sistema de creencias sustentadas en la permanencia y vitalidad de las tradiciones clánicas, estrechamente vinculadas a la doctrina confuciana. En esencia, sus prácticas religiosas se fundamentaban en el culto familiar-clánico a los antepasados, que había desempeñado un importante papel en la vida social de China y que aún hoy conserva una poderosa influencia.

Por otra parte, a pesar de su relativo aislamiento, africanos y chinos se vieron expuestos a un proceso de relaciones interculturales que se origina en la plantación azucarera, tiene su continuidad en los palenques y las guerras independentistas, y se consolida en la familia, ya que los matrimonios mixtos condi-

cionaron el acelerado mestizaje interracial e intercultural.

En este contexto, muchos chinos, y sobre todo su descendencia mestiza, se inician también en las prácticas de la *Santería*, la *Regla Palera* y hasta en la denominada *Sociedad Secreta Abakuá*, lo que se va a simultanear con la ejecución de sus rituales tradicionales.

Siendo la *Santería* un producto sincrético con un marcado carácter abierto y un alto grado de adaptabilidad a los cambios y a la incorporación de nuevas concepciones y objetos simbólicos —lo cual se facilita por el carácter doméstico del culto—, es fácil entender que en ciertos casos se asimilaban las sopas de porcelana china en los «canastilleros» y el uso de sándalo e incienso en algunos rituales, según referencias de varios informantes.

Sin dudas es, en el transcurso de este proceso, donde se produce el sincretismo entre el oricha Shangó y un ancestro venerado por los chinos, al que denominan Kuan Kong. El culto al ancestro Kuan Kong, fue muy extendido entre los chinos, ya que en Cuba fue convertido en el protector de todos los inmigrantes, constituyendo el factor ideológico que aglutinó a los fundadores de las primeras sociedades chinas en La Habana. Con la llegada de nuevos grupos de inmigrantes y la organización de los clanes chinos, el culto a Kuan Kong cederá el paso a la veneración

del ancestro creador del clan en cada sociedad. Sin embargo, a pasar de ello, el culto a Kuan Kong no perdió toda su vigencia. A nivel individual, muchos inmigrantes mantuvieron esa práctica.

Curiosamente coincide que la primera sociedad del tipo clánico organizada en Cuba fue *Lung Con Cun Sol*, fundada en 1900. En ella se agrupan los descendientes de cuatro apellidos: Lao, Chiong, Chiú y Kuan. Y son precisamente los descendientes del apellido Kuan, los que reconocen a Kuan Kong como su antecesor y verifican su mitificación.

Pero, ¿quien fue Kuan Kong ?

La historia se remonta al año 220 de nuestra era, en el momento del combate entre las facciones internas de la decadente dinastía Han, que luchaban por tomar el poder y sustituir al emperador. Según la leyenda, tres héroes fieles a la tradición Han, se dieron cita para formular un pacto de unión y fidelidad que se conoce como «el juramento en el jardín de melocotones». He aquí un fragmento de su contenido:

Nosotros, Lao Pei, Kuan Yu y Chiong Fei, aunque no de una misma familia, llegaremos a ser hermanos, para que uniendo nuestros corazones y nuestras fuerzas, ayudarnos uno al otro en las dificultades y apoyarnos en los peligros,

servir al Emperador y traer la paz al pueblo sencillo... Rey Cielo y Reina Tierra sean testigos de nuestro juramento y si uno de nosotros falta a nuestro deber, ¡qué el cielo y la gente lo castiguen!⁶

Se dice que más tarde se unió a ellos Chiú Chi Lung, amigo de Lao Pei. Desde entonces, los descendientes de estos cuatro apellidos se consideran hermanos atendiendo al legado de sus antepasados.

Sin embargo, la fama de Kuan Yu por su valor, la fidelidad a los principios del juramento y sus cualidades de gran guerrero trascendió a su muerte (es decapitado por los enemigos del Emperador), luego de la cual fue convertido en Kuan Kong, es decir, el ancestro venerado Kuan.

El culto a Kuan Kong y hermanos está relacionado con las prácticas populares confucianas del culto a los antepasados. Los chinos de Cuba acostumbraban decir ciertos rezos, quemar incienso y reverenciar al ancestro, lo que consistía en hincarse de rodillas ante su imagen, apoyar las palmas de las manos en el suelo e inclinar la cabeza para mirar fijamente al divino *Ti-Chi*, dios de la Tierra.

Generalmente, las imágenes de Kuan Kong se representan con el rostro pintado de rojo púrpura. Este color, símbolo de la vida para los chinos, identifica también la lealtad, la fidelidad. Tanto el color rojo

como algunas de las cualidades míticas de este ancestro guerrero lo relacionan con el oricha Shangó de la Regla Ocha.

San-Fan-Con: ser mítico cubano

Las fuentes consultadas, y entrevistas realizadas a chinos no residentes en la Isla, confirman que el nombre San-Fan-Con no es conocido en China ni en otras comunidades chinas de Ultramar. La explicación sobre el origen de esta denominación parece estar asociada con una leyenda reconocida como «Kuan Kong de Cimarrones.» En ella se narra que en el poblado de Cimarrones, antigua provincia de Matanzas:

Estaba Chung Si sentado en su casa y de pronto se apoderó de su cuerpo un espíritu que hablaba el Ken Hong y le dijo: Yo soy el príncipe que viajo por el espacio. Vengo a traer bienandanza para los hijos buenos que se acuerdan del hogar abandonado. El Dios del Cielo premiará a todo aquel que sea virtuoso, honrado, trabajador y justo con vuestros hermanos. La felicidad y la suerte os acompañará si realizais acto de beneficencia. Compartid vuestro arroz con los necesitados.⁷

La leyenda continúa enumerando un conjunto de preceptos sobre la piedad filial, la amistad y la fe en el Dios del Cielo, que este espíritu transmitía a Chung Si. Al considerarse a Kuan Kong como protector de todos los inmigrantes chinos en Cuba, es lógico que esta revelación fuera identificada como un mensaje de ese ancestro.

En las fiestas a Kuan Kong en Cimarrones, se escribían rótulos con fragmentos de esta leyenda desde la temprana fecha de 1880, según hace constar Antonio Chuffat en su libro *Apunte histórico de los chinos en Cuba*. Algunos informantes afirman que, inspirada en esta leyenda, comenzó a ser frecuente la frase cantonesa Sheng Guan Kong, para referirse a este antepasado. La misma puede interpretarse como «ancestro venerado Kuan vivo», o «ancestro Kuan venerado en vida». Es posible presuponer que la castellanización de esta frase mediante la tradición oral, fuera adulterando la fonética original, sustituyendo finalmente la palabra *sheng* por el apócope de «santo» (san).

De esta forma, San-Fan-Con penetra en la Santería cubana, para el cual algunos practicantes reservan un espacio dentro de su mobiliario ritual. Sin embargo, no se ha comprobado la existencia de un culto particular a San-Fan-Con dentro de la santería. La memoria colectiva atesora leyendas sobre «milagros» concedidos por San-Fan-Con. Uno de los

ejemplos más conocidos, habla de un chino pobre que le rogó retornar para morir en su tierra. Días después, el anciano ganó un premio de la lotería, con cuyo importe pudo comprar el pasaje de regreso.

Como posibilidad comercial, San-Fan-Con no pasó inadvertido para las casas dedicadas al negocio de imaginería y objetos religiosos. En ellas se vendía una oración invocándolo como “poderoso santo de toda China” y “supremo Emperador del Celeste Imperio”, sin tener que ver, realmente, con ninguna de las dos cosas. Iconográficamente aparecía Kuan Kong sentado, en compañía de sus hermanos, confundidos como ayudantes: Lao Pei y Chiong Fei, ostentaban como él una alta jerarquía militar. Al final de la oración se recomendaba utilizar tres velas de sándalo y leer tres veces el texto (tal vez igualando el número con los personajes).

El sincretismo y recontextualización de Kuan Kong fue un proceso lento, a través del cual ese antiguo ancestro venerado por los chinos y rebautizado en Cuba como San-Fan-Con, se integró al conjunto de nuestros seres míticos, convertido por la creencia popular en una deidad cubana.

Citas Capítulo IV

1 Lydia Cabrera. *El monte*. La Habana. Editorial Letras Cubanas, 1989: 33.

2 *Ibid.*: 33.

3 *Ibid.*: 33-34.

4 Miguel Barnet. *Biografía de un cimarrón*. La Habana. Ed. Ciencias Sociales, 1986: 125.

5 Jesús Guanche. *Procesos etnoculturales de Cuba*. La Habana. Ed. Letras Cubanas, 1983: 332.

6 El texto de la leyenda fue extraído de uno de los documentos de la sociedad Lung Con Cun Sol, institución china de carácter clánico cuyos miembros se consideran descendientes de los antepasados que suscribieron el juramento. Tiene su sede social en la calle Dragones No. 364, municipio Centro Habana.

7 El texto de esa leyenda está recogido por Antonio Chuffat en su obra *Apuntes histórico de los chinos en Cuba*. La Habana, Molina y Cia, 1927.